

Aladino

\$2.00



addard

Casos y Cosas de Chile

Envíenos un caso o cosa de Chile, diciendo en hoja aparte de donde obtuvo la información, y si es publicado ganará un premio de VEINTE PESOS.

Como ejemplo, ofrecemos estos casos que nos trajeron unos lectores de ALADINO.

La Isla de Pascua lleva este nombre sólo desde el año 1822. Antes tuvo otros siete nombres que son: Hititeaira, Kititerangea, Vaiku, Tepito te Henua, Mata Kiraungui, Trapi, y el muy conocido de Rapa Nui, con el que aún se le nombra a menudo, cuyo significado en el idioma tahitiano es "isla grande". — RICARDO POBLETE.

La calle Ahumada, de Santiago, es una de las escasas calles que conserva el nombre que le fué puesto en tiempos de la

Colonia, y le fué dado en homenaje a un regidor del Cabildo de Santiago, que fué elegido numerosas veces en ese cargo, prestando numerosos servicios a la ciudad. Además, su residencia estaba en esa misma vía. — ANA LARRAIN B.

María Cornelia Olivares, dama residente en Chillán, supo por un conducto particular que el Ejército Libertador, al mando de San Martín y O'Higgins, venía a reconquistar la libertad de Chile. Salió a la plaza y anunció a grandes voces la grata nueva. Los realistas la castigaron afeitándole los cabellos, las cejas y las pestañas, y atándola a un árbol. Triunfantes los chilenos, O'Higgins la premió nombrándola hija benemérita de la Patria. — ARNOLDO CARRASCO.

AÑO I

ALADINO

N.º 3

LA REVISTA MARAVILLOSA DE LOS NIÑOS

APARECE LOS VIERNES

Editores:

Carlos De Vidts Ltda.

Huérfanos 611 - Cas. 9795

Teléfono 32065

Santiago de Chile

Director:

Clemente Andrade M.

Precio del ejemplar

\$ 2.—

SUSCRIPCIONES

Anual (52 edic.) \$ 80.—

Semestral (26 edic.) \$ 45.—

Trimestre (13 ediciones) \$ 25.—

TODA REMESA DEBE HACERSE A LA ORDEN DE LOS EDITORES

ONDITA

RR

MIRA

COMERÉ ESTA TORTA
EN CASA DE ONDITA.



¡PÁTELA CO-
MO SI FUERAS
LA DUEÑA

¡GRACIAS!



SÍRVETE ESTA TAJADA



! QUE LO DEMAS
ES PARA MÍ.



El Tambor Encantado

Ilustraciones de Adduard

ERASE una vez un hombre muy egoísta, que jamás se apiadaba de los pobres. Llamábase Tres Dientes y poseía vastas tierras que arrendaba a los labradores.

Entre los labradores que le tenían arrendadas sus tierras, hallábase una pobre familia que, frecuentemente, no tenía nada para desayunarse.

Esta pobre familia componíase del marido, llamado Antonio: la mujer y dos niños.

Un año, muchísimo peor que los anteriores, al llegar Navidad, el pobre Antonio se encontró la vispera del día del pago del arriendo, con que no tenía ni un centavo.

—¿Qué haremos? —se preguntaba, mirando tristemente a sus pequeñuelos—. Tres Dientes no se apiadará de nosotros y nos echará al camino cubierto de nieve.

—No cabe duda —dijo su esposa—. Pero tú sabes, Antonio, que en otras ocasiones he encontrado el medio de salir del aprieto.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó su marido.

—No te lo puedo decir —contestó ella— porque antes he de consultar con el Hada del Bosque. Mañana, cuando venga el amo, recíbele en la cocina, sentado ante el fuego. Cuando él te haga una proposición, mira las señas que yo te haga.

Teresa, la esposa de Antonio, se levantó al otro día muy temprano y, llenando de agua una vieja olla, la hizo hervir con un fuego de leña.

A la puerta de la casa se hallaba Antonio que, al ver venir a Tres Dientes, se dirigió presuroso a la cocina.

—¡Teresa, Teresa, ya llega! —arunció.

—Muy bien —respondió la labradora.

Apagó el fuego, barrió cuidadosamente, sin dejar el menor rastro de ceniza, pero dejó allí la olla, y fué a sentarse en un rincón de la cocina.

Breves instantes después apareció Tres Dientes en el umbral.

—¡Antonio! —gritó—. ¡Dame el dinero del arriendo o te echo a la calle al instante!

—¡Tenga piedad de nosotros! —gimió el labriego.

—¡Págame el importe del arriendo, te digo! —bramó Tres Dientes.

—Señor Tres Dientes —dijo Antonio en tono afligido—, este año la tierra no nos ha dado ni siquiera para comprar un poco de leña para hacer fuego.

El pobre labriego estaba sentado de espaldas a la olla y no podía verla.

Tres Dientes, en cambio, veía perfectamente el vapor que de ella salía.

—¡Cómo! —rugió—. ¿No has encendido el fuego esta mañana?

—No, señor —respondió humildemente el labriego.

—¿Eh? —murmuró Tres Dientes— ¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo humea esta olla sin fuego?

Antonio observó que su mujer, Teresa, se ponía un dedo en los labios.

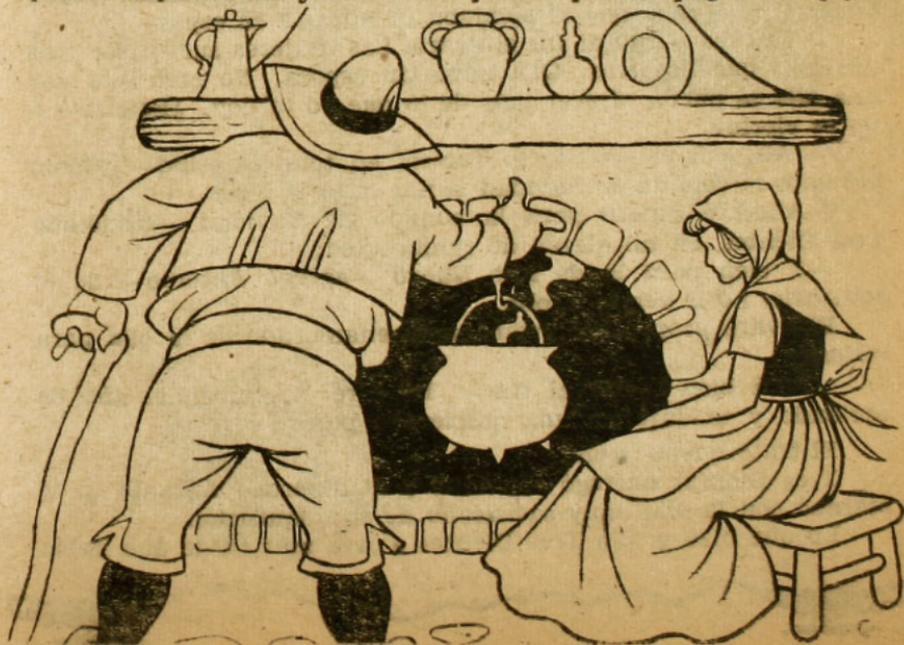
—¿No ves que tu olla humea? —gritó Tres Dientes, cada vez más maravillado.

—Siembre ha humeado, señor —respondió humildemente el labriego.

—¿Sin fuego?

—Sin fuego.

—Pero, ¿cómo es eso? —exclamó Tres Dientes—. ¿Tienes para comprar leña y me dices que no puedes pagarme? ¿Qué



mentira me cuentas?

—¡Ah, señor! —intervino Teresa—. ¡Ay de nosotros si no tuviésemos una olla como ésta!

—¡Realmente es extraordinaria! —dijo el avaro—. ¿Qué hay ahí dentro?

Antonio destapó la olla. Podéis imaginaros su asombro al ver el guiso caliente, humeante, ya en condiciones de ser servido a la mesa.

El avaro Tres Dientes estaba más asombrado que él, pero pensó en seguida cómo aprovecharse de la ocasión para realizar un excelente negocio.

—Tienes que venderme esta olla —dijo—; la quiero a toda costa.

Pero Antonio, que ignoraba lo que había hecho su mujer, atribuía a la olla el mágico poder que Tres Dientes le atribuía y se puso a protestar:

—¿Que le venda esta olla? —gritó—. ¡Ni que estuviese loco! ¿Cómo vender una olla que cuece la comida sin necesidad de fuego? ¡Jamás!

Tres Dientes era muy avaro; pero el deseo de poseer aquella olla le hizo olvidar su avaricia, y dijo:

—Te doy cien pesos por ella y un año de arriendo.

—No.

Antonio seguía rechazando las ofertas. Tan orgulloso estaba de su mágica olla, que se olvidaba de mirar a su esposa.

—Veamos —dijo al fin el avaro. Las mujeres suelen ser más juiciosas que nosotros. Que hable tu esposa. No creo que por una olla se pueda ofrecer más de lo que yo te doy. ¿Es cierto o no es cierto?

—¡Ah, señor! —contestó Teresa, en tono dolorido—. ¿Cómo haremos la comida de Navidad si nos falta la olla?

—Añadiré dinero para la comida de Navidad —respondió Tres Dientes, en un alarde de rumbosidad.

—Y cien para la de Año Nuevo —agregó Antonio— de lo contrario, no le vendo la olla.

El avaro propietario estaba muy enamorado de la olla para rehusar.

—Está bien —dijo al fin—. Te daré el recibo del año de arriendo y te daré encima doscientos pesos.

El trato quedó hecho.

Tres Dientes entregó el recibo y el dinero a Antonio, y se marchó con la olla, muy satisfecho de su adquisición.

Lo que hizo y dijo Tres Dientes al ver más tarde que había



sido engañado es indescriptible. Se golpeó la cabeza contra la pared, llamó ladrón y bandido a Antonio y golpeó la oía con su bastón.

Pero le daba vergüenza de que la gente se enterara de su credulidad, y se resignó a calarse, aunque jurando que se vengaría de Antonio por el engaño de que le había hecho víctima. Y para el año siguiente dobló el importe del arriendo de la tierra que había cedido a Antonio.

* * *

El fin de aquel año llegó más pronto de lo que hubiera querido el desdichado labriego. Había sido un mal año; la tierra no le dió más que maleza.

Entretanto, el Hada amiga de su mujer se había marchado a otro país lejano. Se aproximaba el invierno y Antonio ya se veía con sus hijitos en medio de la carretera.

En aquel aprieto se acordó de un famoso mago, y llamó a la puerta del palacio habitado por el famoso hechicero.

El mago abrió y le hizo pasar. Era un anciano alto y de largos cabellos.

Cuando Antonio le hubo contado lo que le ocurría, el mago meneó la cabeza y dijo:

—No puedo hacer más que darte un consejo.

Se registró todos los bolsillos y sacó de ellos unas monedas.

—Toma —dijo—; es todo cuanto puedo darte por ahora.

Luego le explicó minuciosamente lo que debía hacer, y Antonio, después de darle las gracias, se marchó contentísimo. Dirigióse al mercado y compró dos liebres tan exactamente iguales que era imposible distinguir una de la otra.

Al otro día vieron venir a Tres Dientes con aire amenazador.

Antonio se fué a la jaula, sacó una liebre y se la dió a su mujer diciéndole:

—Teresa, no te apresures a responder a ese avaro. Cuando te pregunte, deja escapar esa liebre pero antes procura que pueda él verla bien. Yo volveré en seguida.

Y dejó a su mujer con la liebre en los brazos.

Un instante después apareció el avaro Tres Dientes.

—¿Qué haces aquí, con esta liebre en los brazos?

Teresa, recordando las instrucciones de su esposo, abrió los brazos y la liebre escapó a todo correr.

—¿Se te ha escapado! —exclamó Tres Dientes— ¡Maldición!

¡Así malgastáis el dinero en vez de pagar el arriendo!

En esto entró Antonio con la otra liebre en los brazos.

—¡Oh! —murmuró Tres Dientes—. ¡Es una liebre domesti-



cada! Jamás vi cosa semejante. Antonio, tienes que venderme esa liebre.

—Imposible. La compré ayer y no la cederé por ningún dinero.

—¿La compraste ayer y ya se ha domesticado? —murmuró Tres Dientes— ¡Ese animal es verdaderamente extraordinario! Dime lo que quieres por ella.

—No la vendo.

—Te saldará el importe de este año de arriendo.

Luego de simular resistirse un poco, el labriego le vendió la liebre.

Cuando Tres Dientes tuvo la liebre, le pareció que había hecho una compra magnífica y se fué corriendo a su casa para mostrársela a su mujer.

—Mira: ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres! —dijo, y abrió los brazos y la liebre escapó con la velocidad del rayo.

—¿Qué haces? —gritó su mujer—. ¡Se te ha escapado!

—Tranquilízate —replicó el avaro propietario—; dentro de un minuto estará de vuelta.

Como es natural, pasaron los minutos y las horas sin que la liebre maravillosa volviera.

Tres Dientes rugió, tronó y pateó cuando se dió cuenta de que había sido engañado por segunda vez.

Triplicó el importe del arriendo a Antonio y esperó a que pasara otro año para vengarse de él.

Al finalizar el año, Antonio fué a visitar al mago, pero éste se había marchado a otro país.

Volvió a su casa afligido y se puso a lamentarse entre sollozos:

—¡Qué desgraciados somos! ¡Mañana nos echarán de la casa y dentro de poco moriremos de hambre y de frío!

—Escucha —le dijo su mujer—. Mañana, antes de que llegue el avaro, irás a la bodega por la última botella de vino que nos queda. Te la meterás entre la camisa y la carne en la espalda.

—Así pareceré gibado —dijo Antonio.

—Eso es lo que yo quiero —replicó Teresa.

Al día siguiente, antes de la llegada del avaro Tres Dientes, el labriego hizo lo que le había dicho su mujer.

Apareció por fin Tres Dientes y apenas oyó decir al pobre labriego que no podía pagarle, se puso a darle bastonazos en la espalda.

—¡Voy a ap'astarte la joroba! —chillaba iracundo.

¡Crac!



Uno de los bastonazos alcanzó a la botella y Antonio cayó al suelo, en medio de un rojo charco de vino que parecía sangre.

—¡Pobre marido mío! —lloriqueaba Teresa, arrodillada ante el labriego que yacía en el suelo— ¡Ahora te morirás y vendrán los guardias y este criminal las pagará todas juntas!

—¡Os daré la indemnización que queráis! —ofreció Tres Dientes, aterrado—. ¡Calla por amor de Dios! Os abonaré el importe del arriendo del año y todos los gastos correrán de mi cuenta, hasta que tu marido se cure.

Antonio seguía lamentándose:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Tengo todos los huesos rotos! ¿Cómo trabajaré la tierra para mantener a mi familia?

—Ponte bueno pronto —suplicaba el avaro—; te perdono dos años de arriendo.

—Eso es muy poco.

—Te compraré un instrumento para que puedas tocarlo por las calles y ganarte la vida.

—¡Ay de mí! ¡No sé tocar ningún instrumento! —lloriqueó el labriego.

—Te compraré un tambor. El tambor es un instrumento que saben tocarlo hasta los chíquillos.

Tres Dientes se fué a comprar el instrumento; pero, tan avaro era, que decidió adquirirlo en una tienda de compraventa. Allí encontraría uno muy barato.

En efecto, por doscientos pesos adquirió un tambor viejísimo, tan lleno de parches, que nadie se habría atrevido a tocarlo por temor a romperlo.

Se encaminó hacia la casa de Antonio, que fingía estar inválido.

—Aquí tienes un tambor magnífico —dijo—; si lo rompes, no será culpa mía. Como te digo, es un tambor estupendo que me ha costado una verdadera fortuna.

Antonio empezó a tocar.

¡Rataplán, plan, plan! ¡Ratapán!

El ruido endiabado del tambor aturdió. Al instante su mujer, los pequeñuelos y también Tres Dientes se pusieron a bailar y saltar como locos. Cuanto más fuerte era el redoble del tambor, más grandes eran los saltos de los bailarines.

¡Rataplán, plan plan! ¡Rataplán!

Tres Dientes daba unos saltos fantásticos, apenas sus pies tocaban tierra, saltaba de nuevo cada vez más alto, como una pelota que rebotara en el suelo. Teresa y sus hijos brincaban también de una manera increíble.



Tres Dientes quiso sentarse y saltaba igualmente. Se echó al suelo y saltaba lo mismo. Parecía que su cuerpo estuviese hecho de goma.

¡Ratapán, p'an, p'an! ¡Rataplán!

—¡Termina de tocar ese maldito instrumento! —suplicaba—. ¡Ya no puedo ni con mi alma!

—¡Pues deje de bailar! ¡Nadie le obliga a ello!

¡Rataplán, p'an, p'an! ¡Rataplán!

Por fin, Teresa rogó a su esposo que cesara de tocar y Antonio accedió.

Tres Dientes se desplomó en tierra, lloriqueando:

—¡Ay de mí! ¡Tengo todos los huesos rotos!

—¿Por qué bailaba, pues? —inquirió el labriego.

—¡No bailaba por mi gusto! —chilló el avaro.

—Quizá habrá sido por efectos del tambor —insinuó Teresa.

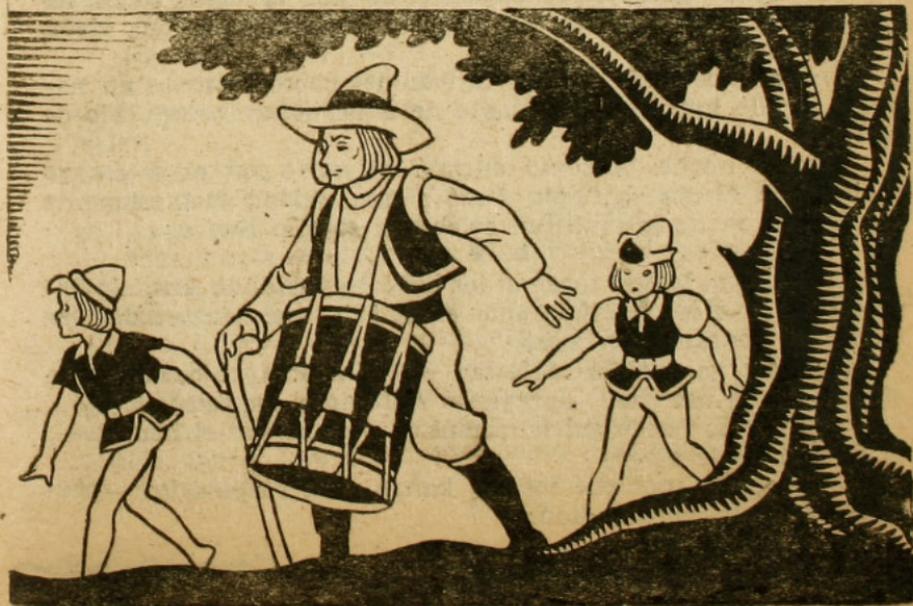
—Probemos —dijo Antonio.

Y se puso a redoblar de nuevo.

Todos empezaron a bailar otra vez, sin poderse contener.

—¡Deja de tocar ese endiablado tambor! —aulló Tres Dientes, que daba unos saltos fantásticos, sentado como estaba—. ¡Me matarás!

Antonio accedió y todos se pusieron a examinar el viejo instrumento, por el que nadie habría dado un cobre.



A la mañana siguiente, Antonio supo que en el vecino pueblo se celebraba una fiesta, y entonces cogió el tambor y se dirigió hacia allí con sus hijos.

La fiesta la daba el Alcalde, un hombretón muy cruel, que era un ogro, y cuando vió a los dos chiquillos, chasqueó la lengua, sintiendo enormes deseos de engullirselos.

—Acercaos —ordenó—. ¿Sabes tocar el tambor, buen hombre?

—Yo no, pero mi tambor toca —respondió Antonio.

—¡Qué monada de hijitos tienes! ¡Quiero hacerles una caricia! —dijo el ogro.

Los chiquillos se acercaron y éste les cogió con sus manazas, abriendo enormemente la boca, que parecía la de un túnel.

—¡Ay! ¡Ay! —gritaron los niños.

Antonio, al ver el peligro que corrían sus hijitos, se lanzó sobre el ogro.

Pero mientras Antonio se había cogido desesperadamente a la barba del ogro, uno de los chiquillos se escurrió y corriendo hacia el tambor, se puso a tocar, produciendo un ruido infernal.

¡Rataplán, plan, plan! ¡Rataplán!

El redoble del tambor se oía en todo el pueblo, y cuantos lo oían se ponían a bailar saltando frenéticamente.

El ogro, no pudiendo sujetar al otro chiquillo, lo soltó al fin, y Antonio, siempre agarrado a su barba, saltaba con él.

Dos horas más tarde, comenzando por el ogro, todos los vecinos del pueblo yacían en el suelo, más muertos que vivos, y sin poder moverse.

De no haber sido así, los hijitos del pobre Antonio no habrían podido huir tan fácilmente de aquel espantoso pueblo de ogros.

Aquella noche, Antonio durmió al raso, con el estómago vacío; pero al día siguiente llegó a una ciudad fastuosamente iluminada, donde la multitud celebraba el Año Nuevo.

* * *

En la Plaza Mayor tocaban los músicos y cuando Antonio llegó vió un enorme gentío y que el palacio real tenía todas las puertas y ventanas cerradas.

—¿Cómo es que Su Majestad no se asoma al balcón para oír esta linda marcha? —preguntó Antonio a un vecino.

—El rey no puede sufrir la música —respondió el hombre—; la música no le alegra.

—Entonces, ¿por qué toca la banda ante su palacio? —preguntó Antonio, sorprendido.





—Para hacer una prueba. Frecuentemente llegan a esta ciudad las más famosas bandas del mundo, para ver si logran que la familia real baile. Ninguna lo ha conseguido todavía.

—La que lo consiga recibirá el premio de un millón, que se tiene ofrecido —dijo un bombero, mirando con fijeza a Antonio y a su tambor.

—¡Oh! —exclamó el labriego—, si yo me lo propongo, haré que baile toda la familia real y toda su corte, así como el pueblo entero.

—¿Quién es capaz de hacer bailar al rey? —sa tó otro.

—¡El hombre del tambor!

La noticia se extendió como un reguero de pólvora y toda la plaza se puso en conmoción. La multitud se agolpó alrededor del labriego; la música de la banda dejó de sonar, y el rey, al oír aquel escándalo de mil demonios, se asomó al balcón.

—¿Quién es ése que afirma que puede hacer bailar a mi real familia? —preguntó.

—¡El hombre del tambor! ¡El hombre del tambor! —gritó la multitud.

—¡Está loco! ¡Está loco! —gritaron algunos.

—¡Metámosle en la cárcel! —dijeron los guardias

—¡A la cárcel con ese loco! —repetían los músicos.

Antonio viendo que lo iban a detener, se puso a tocar el tambor frenéticamente.

La plaza entera, el rey, la reina, los príncipes y las princesas, se pusieron a saltar.

¡Rataplán, plan, p'an!

¡Rataplán, plan, p'an!

La Plaza Mayor se llenó de gritos, de risas. El mismo rey, estrechando en sus brazos a la reina, saltaba y reía a más no poder.

¡Rataplán, p'an, plan!

Antonio continuó tocando el tambor durante una hora larga, hasta que el rey no pudo resistir más.

Finalmente, Antonio fué conducido, en andas, con su tambor, ante Su Majestad.

El soberano le nombró director de la Banda Real, mandando a su tesorero que le entregara un millón.

A la mañana siguiente, en una carroza tirada por seis caballos blancos, Antonio se dirigió a su pueblo para recoger a su esposa, que ya conocía la buena nueva, y que salió de allí vestida con el lujo que correspondía a la mujer de un millonario, para vivir, desde entonces muy felices.

F I N



LAS PANTERAS DE ARGEL

DE EMILIO SALCARI

ILUSTRACIONES DE
CARO GIMENEZ

RESUMEN: Carlos de Santelmo con sus guerreros ha llegado al castillo de su novia, la condesa Ida, temiendo que sea atacado por los moros llamados Panteras de Argel. No tardan en ver los barcos del enemigo y, para combatir con ellos, Carlos y el moro Zuleik, que es un prisionero que dice ser f. el. parten en sus caballos en busca de refuerzos para el castillo...

Desde lo alto de la terraza, la condesa los había seguido con los ojos, temiendo que cualquier pelotón de argelinos hubiera desembarcado sin ser visto y esperara emboscado por aquellas inmediaciones.

Tampoco iba muy tranquilo el caballero, el cual, para prevenir el primer ataque, llevaba la espada desenvainada.

También el moro, antes de salir del castillo, se había armado de espada y daga y ceñídose una coraza de acero no menos resistente y bruñida que la del barón.

Después de dar vuelta al bosquecillo y a las rocas que cubrían el flanco izquierdo del



castillo, ambos jinetes se dirigían hacia la playa.

Las galeras se movían hacia la falúa, la cual señalaba su presencia haciendo centellear al fulgor de la luna un espejo de metal que había sido colocado a proa. Aun estaban, sin embargo, bastante lejanas, y avanzaban con lentitud por ser entonces la brisa ligerísima.

—¡Tendremos tiempo! —dijo el barón.

—Cierto, y más del que necesitamos —respondió el moro.

Entonces se alejaron de la costa y se pusieron en camino en aquella dirección, uno al lado del otro, dirigiéndose hacia el norte sobre cuyas colinas estaba construida la aldea de pescadores.

Apenas tenían que recorrer

una media legua escasa; de modo que siendo, tanto el barón como el moro, dos excelentes jinetes, podían llegar a la aldea en diez minutos.

—¡Al galope! —dijo el caballero, espoleando a su caballo.

Habían perdido de vista el castillo, y los dos jinetes se encontraban dentro de un espeso robledal, pues en aquella época árboles de esta especie cubrían la mayor parte de la isla.

Los dos caballos, por más que el suelo arenoso se prestaba mal a la carrera, devoraban el camino.

Ya habían recorrido la mitad de la distancia que separaba al castillo de la aldea, siguiendo siempre la ribera del mar, cuando el caballo del moro dió un salto, y se plantó delante del camino, bajo la poderosa rienda del jinete.

—¿Qué haces, Zuleik? —preguntó el barón.

—Una cosa sencillísima, señor barón —respondió el moro, mientras el caballero contenía también su propio caballo—. Os corto el camino.

En aquel mismo instante sa-

baba la espada, haciéndola brillar de modo amenazador a los rayos plateados de la luna.

—¡Me cortas el camino! —exclamó el barón, apretando el puño de su espada, que, como hemos dicho, llevaba en la mano—. ¿Acaso te has vuelto loco?

—¡Uno de los dos —dijo el moro con voz amenazadora— sobra en este mundo, porque la dama a quien amáis no puede pertenecer más que a un hombre solo, y ese hombre la tendrá aun a costa de la vida!

—¿De qué dama hablas? —preguntó el barón, cuyo estupor aumentaba por momentos.

—¡De la mujer que atormenta mis noches; de la mujer que quema mi sangre; de la mujer que me llevará al infierno! ¡De la condesa de Santafiora, en una palabra!



—¡Y tú, miserable esclavo, osarías...!

—El miserable esclavo tiene en sus venas la sangre de los califas de Córdoba y de Granada, y era príncipe en su país. Mi nobleza supera a la vuestra, barón.

—¡Ah, perro! —rugió el joven—. Entonces, ¿has sido tú quien hacía señales a la falúa?

—¡Sí; yo mismo!

—¿Tú eres el que has atraído a los berberiscos?

—Sí; también he sido yo! —repitió el moro.

—¡Voy a matarte! —gritó el barón, furibundo— ¡Rival y traidor! ¡Pues bien, toma!

De un espolazo hizo dar un salto a su caballo, y cayó sobre la gola de la coraza, creyendo sorprender a su enemigo; pero tenía delante de sí un competidor temible.

El moro, fuerte y ágil y jinete admirable además, como lo son casi todos los hijos del desierto, había encabritado rápidamente su caballo, el cual recibió la estocada en el cuello.

Antes de que el barón pudiera ponerse a la defensiva, el moro, a su vez, le acometió con ímpetu desesperado, tratando de herir a su adversario bajo la axilla; pero el golpe se empotró sobre el acero de la coraza.

—¡Déjame el paso libre! —rugió el barón.

—¡No! —replicó el moro.

—¡Las galeras se acercan!

—¡Nada tengo que temer de ellas!

—¡Déjame el paso franco en nombre de la condesa!

—¡Por ella es por quien busco vuestra muerte! —añadió Zuleik con acento implacable.

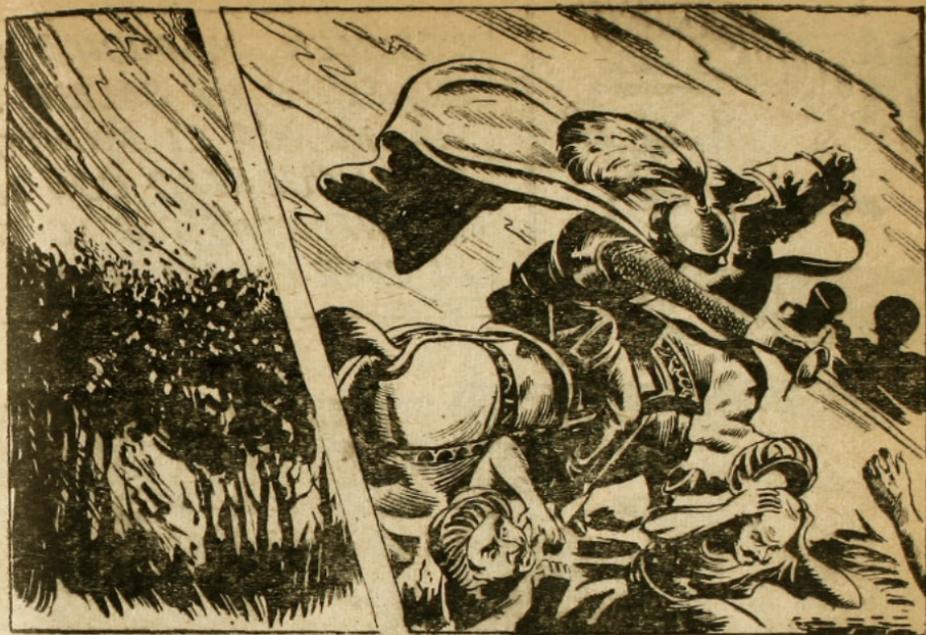
Entonces el barón le acometió con espada y daga, decidido a acabar la lucha. Fiandó en su propia audacia y en su destreza, contaba con desembarazarse pronto del moro. Aun no se había repuesto del estupor que le había producido aquella revelación inesperada, porque estaba a mil leguas de sospechar que aquel hombre, un esclavo, hubiera osado poner los ojos en su prometida.

Al verle cargar de frente, Zuleik cambió bruscamente de táctica, pues en lugar de sostener el ataque lanzó el caballo al galope, haciéndole describir giros rapidísimos en derredor del barón para buscar el modo de sorprenderle por la espalda.

Era el ataque favorito de los hijos del desierto, que solo un berberisco podía intentar con resultado. En aquella época, los moros de Africa constituían la mejor caballería del mundo.

El moro, no obstante tener el caballo herido, hacia describir curvas vertiginosas a su corcel que giraba como un torbellino en torno del barón, el cual se defendía bravamente.

Sin embargo, aunque el siciliano era un diestro jinete, no podía competir con el moro. A costa de esfuerzos sobrehumanos y con furiosos espolazos conseguía presentar al adversa-



rio siempre el frente. Pero, ¿cuánto podría durar aquel vertiginoso ataque? Esto era lo que inquietaba al barón, que ya empezaba a desconcertarse con tales maniobras, enteramente desconocidas para él.

En vano, cuando Zuleik estrechaba el cerco, replicaba con estocadas furiosas; siempre tenía delante de sí la coraza o la hoja del adversario para pararlas.

—Zuleik —gritó—, ¿quieres acabar de una vez?

—¡Sí, acabaré cuando vuestro caballo quede impotente para moverse! —respondió el moro con risa de hiena.

—¿Qué pretendes hacer conmigo? ¿Entretenerme hasta que los berberiscos desembarquen?

—¡Quiero vuestra vida!

—¿Sí? ¡Pues toma!

En el momento en que el mo-

ro pasaba por delante le tiró una estocada bajo la cintura, allí donde la coraza no podía resguardarle; pero Zuleik, con habilidad y destreza dignas del más consumado esgrimidor, respondió con tal rapidez que su espada rajó de arriba abajo la manga de seda verde del jubón del caballero. El brazo del barón, un brazo blanco y torneado como el de una muchacha, se mostró al descubierto.

—¡Buen golpe! —dijo, riendo— ¡Pero será el último!

Con una arrancaña súbita obligó al caballo a plegarse casi en tierra; sacó los pies de los estribos y, dando un salto que hubiera envidiado un clown, botó de la silla.

—¡Tu maniobra ha concluido! —dijo.

(Continuará)

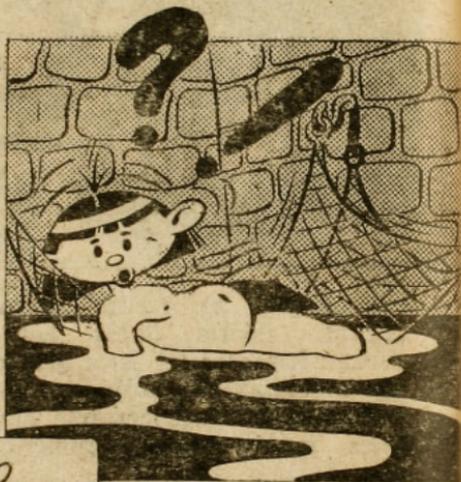
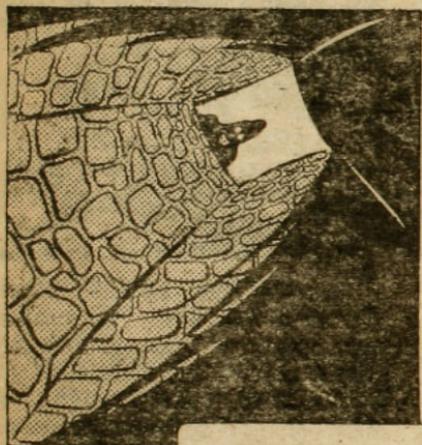
Mapuchín

por

E. ditare



RESUMEN: MAPUCHÍN, EL
INDIECITO, HA SALIDO A
VIAJAR POR EL MUNDO
SU ENCUENTRO CON EL
"GRANFANTASMÓN" LO HA-
CE CAER EN UNA TRAMPA Y...



¡SILENCIO...
YO TE SALVARÉ!

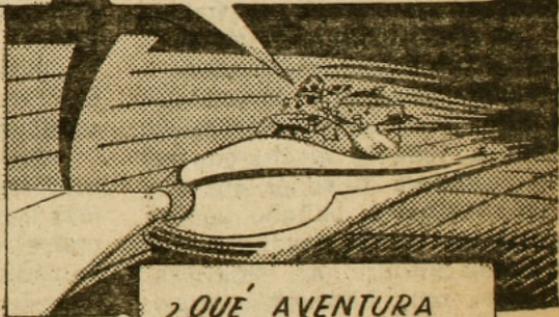




SOY SIR LABARIO Y UN ENEMIGO DEL "GRANFANTASMÓN", QUIEN ME TIENE CAUTIVO Y DEL CUAL

ESPERO VENGARME EN LA PRIMERA OPORTUNIDAD CREO QUE JUNTOS

PODREMOS LLEVAR A CABO MI PROYECTO. TE LLEVARÉ HASTA MI REINO OCULTO..



DONDE CONOCERÁS A MIS FIELES SÚBDITOS...



¿QUÉ AVENTURA NUEVA ESPERA QUIÉN ES..

Sir Labario?



EL SUPER CONDOR

POR CLEMENTE ANDRADE M.

ILUSTRACIONES DE CARB GIMENEZ

ambicioso pastor llamado Pedro quiere ir a ese Reino atraído por sus tesoros. Sorpresivamente se presenta el Super-Cóndor y se lleva a los dos pastores a su morada secreta. Allí, mientras el ambicioso se ha desmayado, el amo del Reino de Piedra le dice a Danilo que necesita su ayuda.

Danilo se sintió profundamente admirado al oír aquellas palabras, sin comprender que el Super-Cóndor, siendo tan formidablemente poderoso, necesitase de él que era un simple pastor. Esto mismo le hizo poner toda su atención en las palabras de su maravilloso amigo.

—Querido muchacho—comenzó diciendo el Super-Cóndor—, en breves palabras te lo explicaré todo: Hace centenares o miles de años, toda la región que es hoy cordillera y valles era un gran continente bañado por el mar, cuyas aguas llegaban hasta estas alturas. La vida era entonces muy hermosa, porque los habitantes vivían de los alimentos que les ofrecían el mar y la tierra, sin que necesitaran hacer mayores esfuerzos para subsistir. Por desgracia, después de largos años de felicidad, un cataclismo sumió al continente en las aguas del mar y días más tarde, él se recogió dejando en descubierto gran parte de su antiguo lecho. Los sobrevivientes de este

RESUMEN: Danilo cuenta a los pastores del Valle Tranquilo la existencia del Super-Cóndor, fantástico personaje alado, y de su Reino de Piedra. Un

desastre, aterrorizados, se apilaron en lo que hoy es mi Reino de Piedra.

—¿Y vino usted aquí para salvarlos?—interrumpió Danilo.

—Aún no, Danilo. Ese mismo día yo había muerto.

—¿Usted... había muerto?—exclamó con gran sorpresa Danilo.

—Yo estaba muerto—respondió el Super-Cóndor y prosiguió su relato:

—Era el único hijo del sabio profesor... Bueno; ya te diré más adelante su nombre. Mi padre, en medio de su dolor, hablaba de mi muerte con mi madre, que era una mujer de capacidad extraordinaria, nacida en las cirías cordilleras. Entonces ella dijo:

—Nada sacaremos con llorar la muerte de nuestro amado hijo. Aún es tiempo para que le devuelvan la vida. Faltan muchas horas para que las células de su cuerpo se desintegren. ¡Tenemos que aprovechar el tiempo y revivir a nuestro único hijo!



—Detendremos el avance de la muerte en su cuerpo, encerrándolo en la cámara de hielo eterno —respondió mi sabio padre, agregando—: Lucharemos contra el tiempo. ¡Por fortuna mi máquina radio atómica está casi terminada! ¡Nuestro hijo será devuelto a la vida, como un super ser, y vivirá la inmortal existencia de la era de la fuerza atómica!

—¡Y conocerá el secreto del vuelo del cóndor! —exclamó con verdadero frenesí la madre.

—¿Qué dices, esposa mía? Nunca me hablaste antes de ese secreto.

—Me crié en las cimas y allí lo aprendí, cuando mi inteligencia me hizo comprender el idioma de esas grandes aves. Lo olvidé un tiempo porque un viejo cóndor me hizo entender

que tal secreto no debía pertenecer a los hombres.

—¿Por qué no debía pertenecer a los hombres?

—Porque los hombres podrían hacer mal uso de él, sembrar la desgracia y no practicar el bien. Por eso nunca lo revelé a nadie, ni a tí, mi buen esposo.

—¿Y ahora me lo revelarás? —Inquirió con profundo interés el sabio.

—Sí, para hacer de nuestro hijo el hombre ¡SUPER CONDOR! Porque un hijo tuyo y mío, un hijo que haremos nacer por segunda vez, será perfecto.

—¿Y nuestro hijo volará por sus propios medios?

—¡Volará con sus propias alas y dominará al mundo con el arma del BIEN!

Quedó un momento silencio-



so el Super-Cóndor —seguramente recordando emocionadamente a sus padres— y dijo a Danilo:

—Así, mi buen amigo, me dieron la segunda vida mis sabios progenitores y, cumplida su misión, desaparecieron tranquilamente de esta vida, ansiosos del descanso eterno.

—¡Es asombroso, Super-Cóndor! ¿Y cómo llegó usted hasta este lugar?

—Por medio del "Ojo eléctrico" y del "Radar auditivo" supe de la catástrofe que había sobrevenido en esta región y me vine de un solo vuelo. Una vez en este sitio, comprobé que estaba en una plataforma de granito, en medio de la cordillera, y que era una región desconocida en el mundo civilizado. Noté que el fenómeno sísmico había dejado grandes

cavernas y decidí hacer aquí un reino ideal.

Lamé a los aterrados sobrevivientes, quienes titubearon en acercarse a mí, pero, finalmente, me escucharon. Entonces yo les dije que por medio de mi poder levantaría sobre las ruinas la patria de la felicidad.

Muchos creyeron en mis palabras, pero otros dudaron y dieron gritos contra mí, manifestando que yo podía ser un genio maléfico. A esos les respondí pidiéndoles un plazo prudencial para demostrarles mi poderío: dos meses solamente. Y fui oído, amigo Danilo, y me dediqué con ahinco a construir un mundo nuevo en la soledad de las moles cordilleranas usando las planicies, las cimas y las cavernas del terreno. Y ahora que ya sabes todo esto,

deseo pedirte que te quedes conmigo un tiempo aquí.

—Me quedaré —respondió Danilo.

—Quiero que conozcas todo en mi Reino de Piedra y que me ayudes en mi nueva labor.

—¿Nueva labor? ¿De qué labor se trata, Super-Cóndor?

—Lo sabrás a su debido tiem-

po.

En ese momento, el amo del Reino de Piedra, agregó repentinamente:

—¡Espera!

—¿Qué sucede? —preguntó alarmado Danilo.

—¡Mis enemigos! ¡Están cerca de aquí en estos momentos!

(Continuará).

Conversación con los lectores

Queridos amiguitos;

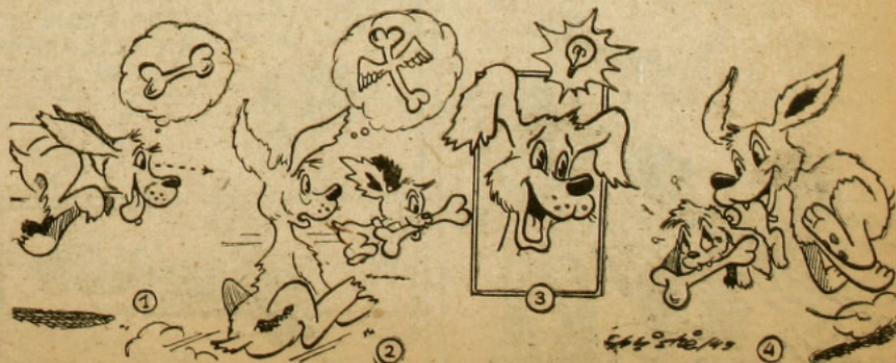
Los dibujantes MAS y MELITON están muy contentos por la alegre recepción que les dieron ustedes a sus nuevos amigos Ondita y Mateito. Yo, por mi parte, sé que todos los lectores de ALADINO conocen muchísimos chascos sucedidos a Mateito y numerosas salidas cómicas de Ondita. Entonces, amiguitos, ¿por qué no me las mandan, contadas en breves líneas, para que nuestros dibujantes les den vida?

Les agradezco de antemano esta colaboración y quedo en espera de ella.

EL DIRECTOR

‘COLMILLO’

por Christie



PILUCHO

El Torero Puma

Por *Guasto* 1/49

¡TERMINAREMOS DE UNA VEZ!
TIENES QUE ENTRENARTE
PARA GANAR ESE PREMIO



FUERZA, FUERZA - ESO ES
¡DERROTARÁS A "GALLITO
PUM"!



TRES DIAS DESPUÉS

VEAMOS SI TE HAS
FORTALECIDO



¡DIOS MÍO! - SI YO LO
"NOQUEO" - ¿QUE HA-
RA' EL CAMPEON
CON EL?

K.O.







Los Huérfanos del Circo

por Mencho

RESUMEN; Tony y Luna, que fueron secuestrados por el desalmado Rivanti y vendidos al empresario Pascual, han sido dejados sin comer por éste. Los niños, sin preocuparse mayormente de su apetito, acuden a cuidar al tony "Cucaracha" que está enfermo.

Después de tomar su medicina, el buen tony "Cucaracha" fijó su mirada en el niño, sorprendiéndolo con los ojos atentos al plato de comida que estaba sobre su improvisado velador. Entonces les dijo a Tony y Luna que se lo sirviesen, comprendiendo que Pascual los había dejado sin comida esa noche. Pero el niño, que no deseaba que su amigo enfermo se privara por ellos, respondió:

—¡Qué ocurrencia la tuya, "Cucaracha"! Luna y yo hemos comido tanto esta noche, que salimos a dar una vueltecita para facilitar la digestión. ¿No es cierto, Luna?

—¡Oh, claro! —contestó la niña, sobándose el estómago como si lo tuviera repleto de deliciosos guisos.

Pero "Cucaracha", que era un hombre de experiencia y que conocía muy bien el empresario Pascual, expresó a los niños:

—A mí no me engañan, queridos hijos. Coman sin preocuparse por mí, que mi enfermedad me tiene sin apetito. Todos los días dejo los platos sin tocarlos; a veces los doy a mi foca o a los perros amaestrados. Cómanlo, por favor, que no pienso servirme nada esta noche.

Brillaron de alegría los ojos de los huérfanos del circo y Tony exclamó:

—¿De veras, "Cucaracha"?

—¡Palabra de honor!

Y sin agregar otra cosa, ambos chicos se engulleron el plato de comida, ante la sonrisa bondadosa del noble "Cucaracha". Pero, cuando finalizaba ese improvisado e inesperado banquete, apareció el empresario, iracundo como de costumbre:

—¿Así es como cumplen mis órdenes? ¡Yo les enseñaré a no comer cuando lo mando!

Levantó en alto su huasca el cruel Pascual, pero en un abrir y cerrar de ojos, los niños se colaron como ratones por un hoyo de la carpa y escaparon, yendo a esconderse entre los cajones. Pascual salió furioso tras de ellos, jurando que los buscaría para darles una paliza. Estos juramentos hicieron que Tony y Luna discutieran la situación.

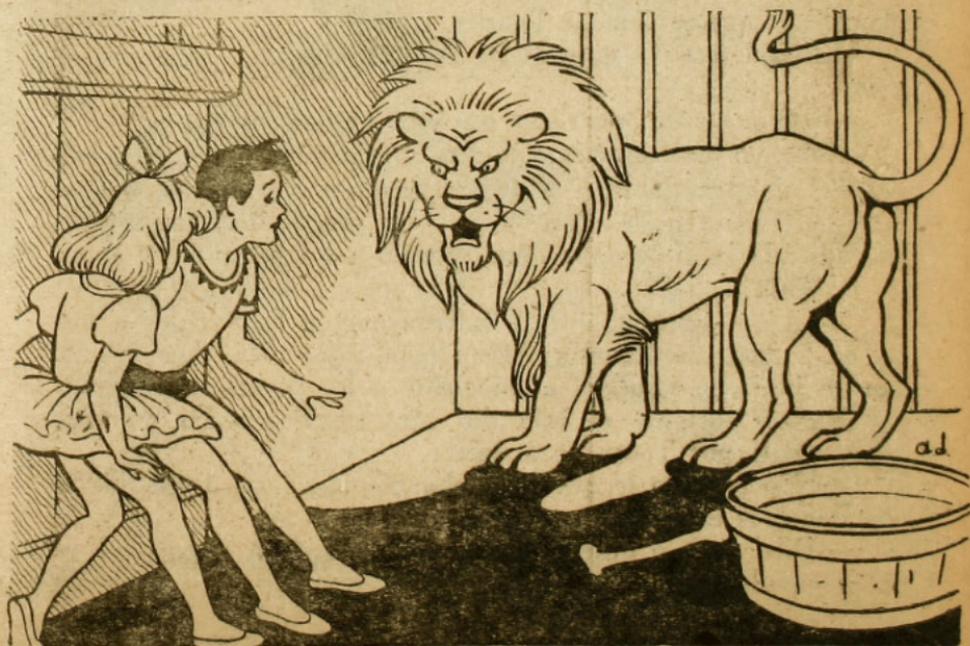
—¿Dónde nos escondemos mejor? Aquí no creo que estemos muy a cubierto, Tony.

—En la jaula del león Menelik, Luna.

—¿Y si nos ataca?

—De todos modos prefiero los dientes y garras de Menelik que la furia de Pascual.

—Es verdad. ¡Y rápido, que el empresario viene allí!



Con toda la velocidad que les permitían sus piernas y la agilidad de su niñez, los huérfanos salieron en demanda de la jaula del león Menelik, entrando en ella, abriendo y cerrando rápidamente la puerta.

La fiera les recibió con un rugido, que hizo temblar a Luna.

—No te asustes, Lunita —intervino Tony—, que Menelik sabe que somos sus amigos.

—Es que es la primera vez que entro en su jaula...

—Para mí es un sitio muy conocido. Me he refugiado aquí otras veces y mi perseguidor no se ha atrevido a hacer lo mismo. ¡Míralo! Viene tirándose los pelos de rabia.

Efectivamente, el dueño del circo estaba más exaltado que el león, pues éste se había tranquilizado y miraba apaciblemente a sus inesperados visitantes. Sin embargo, lanzó un rugido al empresario.

—¿Por qué demonios ruges como un condenado? —gritó, sin ver todavía a los chicos. Y agregó—: ¡Y no me abras ese tremendo hocico, que no tengo nada con qué llenar tu salvaje estómago! Dime, Menelik, ¿no has visto por aquí a esos dos chacalillos que se llaman Tony y Luna?

El león pareció responderle con otros de sus poderosos rugidos.

—¿Qué me quieres decir con eso? ¿Qué si o qué no?

Tony no pudo aguantar la risa y estalló en una sonora carcajada, mientras la niña le tapaba la boca con ambas manos.

—¿Y esa risa de dónde sale? —se preguntó el empresario, encendiendo su linterna y descubriendo a los niños en el fondo de la jaula.

—¡Ajá —exclamó— ¡De manera que se han venido a meter en la boca de Menelik! ¡Muy bien, muy bien! Los felicito por la idea, pero salgan al momento o les pesará muchísimo.

En ese instante el león dió otro rugido, hecho que fué aprovechado por Tony, para decir:

—¿No ha oído lo que ha dicho Menelik? No desea que lo abandonemos esta noche.

—Dice que no quiere dormir solo —agregó Luna, que se había envalentonado.

—¿Es verdad que no quieren salir de la jaula? —rugió el ame del circo, compitiendo con los rugidos de la fiera.

—¡No lo queremos! —gritaron los dos niños.

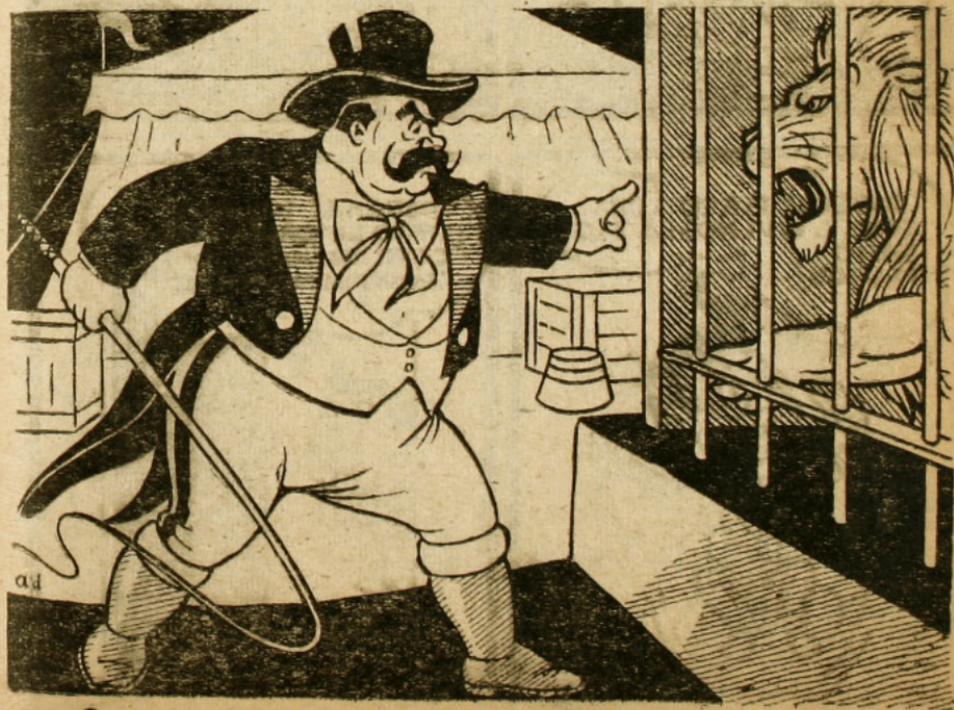
—Muy bien, muy bien —expresó con sarcástica risa el empresario, agregando pausadamente—: Ya veré yo si quieren salir o no, mis queridos chacalillos. Parece que esta noche seguiré ahorrándome raciones. Ahí viene Rivanti con la ración de comida para Menelik.

—¿Qué hay? —Preguntó Rivanti—. Aquí le traigo la ración a este hambriento. Como puedes verla, la he reducido a la mitad. ¡Me parece que es mucho disminuirle la comida al león! Ya verás cómo nos gritará el público que estamos exhibiendo un arpa en lugar de una robusta fiera. Hazte un lado, hombre, para echarle la carne al animal.

—Esta noche no le echarás comida a Menelik, porque ya la tiene dentro de su jaula. ¡Mira quienes están allí, listos para ser condimentados!

—¡¡Tony y Luna!! —gritó, sorprendido, Rivanti —¡Es una locura!

(CONTINUARA)



MACUQUITO,

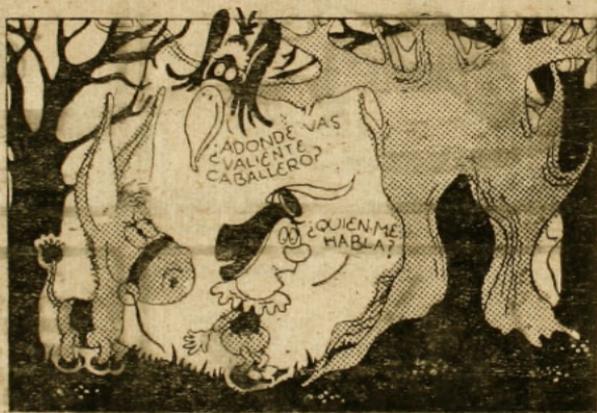


INVENTOR por LUGOZE



El tesoro del FANTASMA

Por
TONY



El tesoro del FANTASMA Por TONY



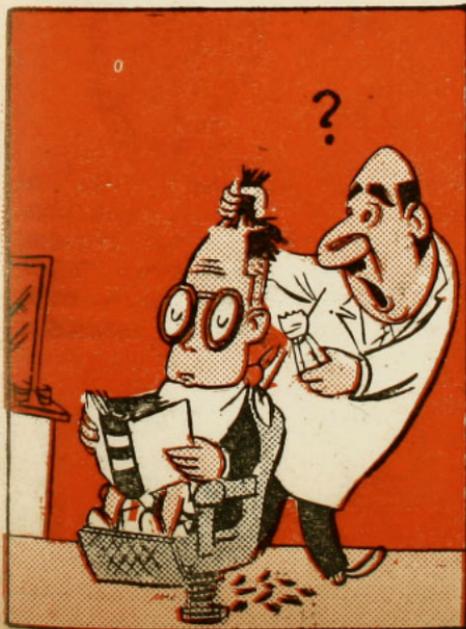
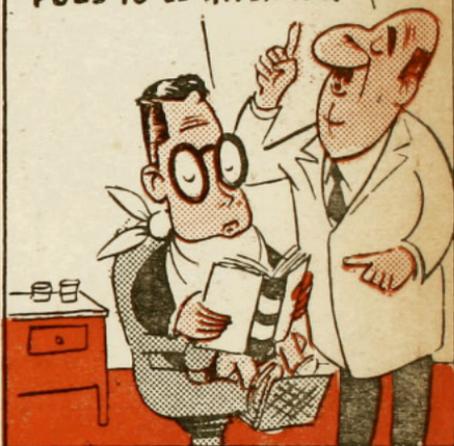
MATEÍTO

por Melitón

QUIERO QUE ME
CORTE EL PELO..



¿CORTO, REGULAR, LARGO?
CORTE NOMÁS
PUES YO LE AVISARÉ..



UD. NO ME AVISÓ Y...!!!

¡HORROR!..
AL RAPE!....

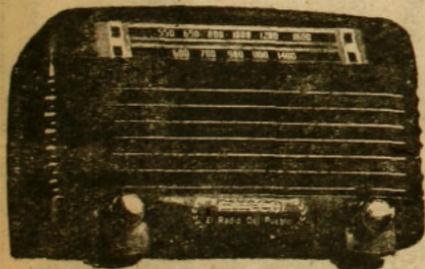


Concurso de Navidad

\$ 50.000.- EN PREMIOS
¡NADA DE CUPONES!

ALADINO, de su lámpara maravillosa sacará hermosos y valiosos regalos para sus amiguitos en la próxima Navidad. Para esto ha organizado un grandioso concurso, en el que tomarán parte todos los lectores de esta revista, sin tener que hacer otra cosa que guardar los ejemplares de ella, coleccionándolos, a fin de conservar el número que lleva cada ALADINO.

Coincidiendo con el sorteo de Navidad de la Lotería de Concepción, ALADINO finalizará es-



te gran concurso, siendo premiados los lectores que sean poseedores de ejemplares, debidamente coleccionados, cuyos números tengan las mismas cifras finales del premio mayor de la lotería.

Los ejemplares de ALADINO, que tengan las CINCO últimas ci-

fras del "gordo", tendrán derecho a los premios consistentes en UNA BICICLETA y UN RECEPTOR DE RADIO. Fuera de los premios mayores habrá miles de



premios en juguetes, libros de aventuras y cuentos, suscripciones a la revista, plumas fuentes, etc., para quienes posean "ALADINOS", cuyas terminaciones de 2, 3 y 4 cifras también coincidan con el "gordo".

NO 108062

CUANDO O'HIGGINS ERA NIÑO



don Ambrosio resolvió enviarlo a Londres a continuar sus estudios.

Llegado a la capital inglesa, el niño Bernardo O'Higgins fué matriculado en el co'egio de Richmond, donde tuvo oportunidad de conocer al príncipe que después fué el rey Jorge de Inglaterra. Entre los profesores que tuvo en este establecimiento figuraba el general venezolano Francisco Miranda, apóstol de la independencia de su patria y de América, que tuvo gran influencia en nuestro héroe, despertando en él el amor a la libertad americana.

NACIO don Bernardo O'Higgins el 20 de agosto de 1780, en las afueras de Chillán. Aprendió a leer bajo la dirección del franciscano Javier Ramírez, en una escuela que había fundado don Ambrosio O'Higgins, para la enseñanza de los caciques araucanos.

Al cumplir los diez años, su padre lo llevó a Lima para que ingresara al Colegio del Príncipe. Allí permaneció cuatro años, y cuando cumplió los quince

